BIBLIOTECA DEL RENACIMIENTO LITERARIO

LA MUJER HONRADA

LA SOLTERA

(SEGUNDA PARTE DE LA SEÑORA DE LOPEZ)

NOVELA SOCIAL

POR

EDUARDO LOPEZ BAGO

TERCERA EDICION

La moral moderna consiste en buscar las causas de los males sociales, analizándolos y sometiéndolos á la observacion y el experimento.

CLAUDIO BERNARD.

MADRID

JUAN MUÑOZ Y COMPAÑÍA, EDITORES

Administracion: Espada, 11, bajo

LA SOLTERA

I.

Situado cerca de los boulevares, y, por consiguiente, en el centro de vida y movimiento de la capital francesa, era uno de los colegios más afamados, y sin disputa el mejor de París. Construido el edificio para este exclusivo objeto, todo estaba previsto, todo hecho, atendiendo á los fines de educacion á que se destinaba. Comodidad, holgura, acierto en la distribucion dada á las habitaciones, así como en las dimensiones y situacion de cada una de ellas; cuanto se pueda imaginar, como modelo en este punto, encontrábase realizado por el arquitecto. Aseo, buena asistencia, una servidumbre inteligente y respetuosa, cocinero notable, como tal y como repostero (las niñas suelen ser golosas); órden, minuciosidad de método para la enseñanza y para la vida,

H88081

LA SOLTERA.

LA MUJER HONRADA

LA SOLTERA

(SEGUNDA PARTE DE LA SEÑORA DE LOPEZ)

NOVELA SOCIAL

POR

EDUARDO LOPEZ BAGO

La moral moderna consiste en buscar las causas de los males sociales, analizándolos y sometiéndolos á la observacion y el experimento. CLAUDIO BERNARD.

Misc-C.

MADRID
JUAN MUÑOZ Y COMPAÑÍA, EDITORES
Administracion: Espada, 11, bajo

llegando hasta los más pequeños detalles, los que se olvidan por lo imperceptibles; cosas eran á que consagraba todos sus desvelos y afanes Madama *(Madame Marie Desjarrets, née Dupuis)* la directora.

En total, tres pisos, sin contar la planta baja. La fachada habíase pintado de color de carne, pero entiéndase bien que era un color de carne convencional, equidistante del sonrosado de la infancia y de la lividez cadavérica, cuyo secreto de color poseen y usan como por privilegio exclusivo los pintores de brocha gorda. A cierta distancia parecia una casa de manteca de Flandes, por la que corrian vetas de agua de rosa. Era un tono que inspiraba, desde luego, los más amables sentimientos de ternura. *Le Petit Jesus* con aquella fachada correspondia á los mimos de este título, á la advocacion que protegia al colegio. A la *razon social*, si se considera el establecimiento en cuestion como una especulacion ó empresa mercantil. El portal tenia entrada para carruajes. Madame Desjarrets adivinó el porvenir, y, con efecto, no se desmintió su profecía. Sus educandas fueron desde el principio las hijas de las familias aristocráticas que viven en el Faubourg Saint-Germain, ó de la rica burguesía rancesa. Nunca extendió el colegio su clientela

más allá de los boulevares. Y allí dentro, aquellas señoritas, puede decirse que no echaban de ménos el lujo y las comodidades de sus casas respectivas.

Desde el portero, que vestia una librea azul (azul celeste) con botones de acero en que se grababan las iniciales J. S., usurpando así el distintivo á la compañía jesuítica, hasta el cocinero ya mencionado, que vestia completamente de blanco, y por ende parecia á las maliciosas niñas la vera efigie de un hombre en calzoncillos; todos estos detalles eran los apropiados á la servidumbre de casa grande.

La escalera de mármol blanco, en su primer tramo tenia tapiz rojo, sujeto con varillas doradas, barandilla ó pasamanos de cristal labrado, gas, y en invierno calefaccion. Timbres eléctricos en los tres pisos, y ascensor hasta el tercero. En los dos descansillos veíanse unas ornacinas; en el primero estaba el niño Jesús, hecho de alabastro. La bola ó mundo que llevaba en la mano era una imitacion de lapiz-lázuli; en el segundo la imágen de la ornacina era la Vírgen. No sé cual, pero un adorable rostro de mujer con los ojos bajos, una figura femenina en actitud de encantadora modestia.

En la planta baja, pasado el portal y abierto

el gran cierre de cristales de colores. Llegábase á un patinillo donde estaban la cochera y la cuadra. La Pensión del niño Jesús tenia en esta última tres caballos, y en la primera un lujoso mail coach y una berlina; dos de los caballos eran de tiro, apelados, y podian engancharse á tronco y á limonera. El otro era de silla y llenaba el servicio de equitacion en el picadero. Este último local resultaba bastante espacioso para los menesteres del colegio, y tras él estaba el gimnasio. En el gimnasio el departamento de duchas y hasta doce cuartos de baño de pila. Seguia á la postre el jardin, sitio destinado á las horas de recreo.

El colegio, el verdadero colegio, estaba en el piso principal, porque en él estaban las clases, los dormitorios y los cuartos de aseo, las habitaciones y de los profesores que tenian allí su vivienda, la del matrimonio Dupuits estaba en el segundo. En los sótanos las cocinas y en el piso tercero la servidumbre.

¿Qué calificativo podia aplicarse al decorado y mobiliario de todo aquel interior? Obedecia al gusto de Madame Desjarrets, cuyas aficiones en este concepto eran modernistas, llevándola á preferir, por ejemplo, el pino barnizado á la caoba, el bibelote al objeto de arte, las flores de ar-

tificio, á las naturales, y, en una palabra, lo bonito aunque frágil y quebradizo, á lo bueno por sólido que fuera. *El piso de las niñas*, ó lo que es lo mismo, el principal, segun que ya sabemos, resultaba una preciosidad. Las clases no tenian aspecto de tal, sino que parecian otros tantos gabinetes en los que se podia suponer cualquier destino ménos el de enseñanza, porque la instruccion andaba por allí como escondida en los cajones de mueblecitos de laca, como disimulada hasta el punto de no distinguirse objeto alguno que la delatara por ninguna parte. Aquellas señoritas acudian á clase como quien vá de visita, y no parecia que daban una leccion, sino que charlaban y hacian los honores de la casa á su profesora. Era inútil buscar allí en las paredes carteles de lectura, mapas, pizarras negras, cuadros cronológicos de la historia universal, animales disecados, aparatos de física, pupitres, bancos y la consabida mesa presidencial del profesorado. Lo repito, eran gabinetes, *salitas de confianza*, y los conocimientos humanos estaban clasificados por los colores de la tapicería. En el gabinete azul se daban sucesivamente las clases de Doctrina cristiana, Historia sagrada, Retórica y Poética; en el gabinete color de rosa las de adorno, baile, música, idiomas, dibujo y primores de

costura: habia otro *boton de oro* (color de moda) para enseñar la Historia universal y la de Francia, las matemáticas elementales y la geografía, y así todo por este estilo. Sentábase la profesora en un confidente, y sus discípulas, como en una tertulia, en los asientos restantes. Se charlaba la leccion y era una delicia. ¡Oh! Madama Desjarrets supo penetrarse de su mision de una manera maravillosa. Y su mision era educar mujeres, dar una educacion femenina. Confesémoslo de una vez é ingénuamente. Bajo este punto de vista, la enseñanza era perfecta. Bastaba para convencerse de ello, asistir á la clase que corria á cargo de la directora. La clase de lectura y escritura. El texto que servia para la primera era un libro escrito por la mismísima *Madame*, y titulado nada ménos que de esta manera: *Vademecum de la perfecta señorita*, y en el cual se detallaba cuanto se relaciona con el trato social, y estaban resueltos los más árduos problemas de éste, al decir de la que lo escribió. Dividíase en capítulos titulados, y cada capítulo trataba de una contingencia. Madame Desjarrets en su *Vademecum* cogia á la perfecta señorita por la mañana en el lecho, y ya no la soltaba hasta dejarla acostada otra vez por la noche al regresar del baile ó del teatro. Los capítulos en su título anticipaban noticia del texto.

«La perfecta señorita en su alcoba.» «La perfecta señorita en su cuarto de aseo.» «De cómo ha de conducirse con sus padres.» «Idem con los amigos.» «Idem con un primo suyo y con otros parientes.» «De cómo ha de almorzar la perfecta señorita.» «Manera de ir por la calle á pié ó en coche.» «Conducta en el teatro.» «Idem en paseo.» «Idem en visitas y reuniones.» «Conversaciones que debe tener con su pareja de baile.» «Lo que debe hacer en una gira campestre,» y el capítulo más curioso era el que seguia á este. Júzguese por el título: «Conducta en otras circunstancias extraordinarias y casos imprevistos.» El colmo de la prevision, segun habrá visto el lector curioso. En cuanto á la leccion de escritura, que obedecia á estos mismos fines, era no ménos curiosa. Madame Desjarrets queria á toda costa conseguir de sus educandas verdaderos imposibles. Basaba su educacion, no en la inteligencia, sino en los sentimientos. Y así para los ejercicios de ortografía, en la clase de escritura, dictaba cartas como esta:

«*Sr. D. Fulano de Tal.*

»Caballero: He recibido la declaracion del cariño que, segun asegura, le han inspirado mis pobres cualidades morales y mis atractivos, cuyo

elogio, aunque inmerecido y apasionado, le agradezco *(inmerecido*, segun advertia siempre Madame Desjarrets, no se escribe con *h)*; desde nuestra primera entrevista, he de confesarle que su trato y su figura tambien me impresionaron. Es Vd. para mí un hombre agradable y simpático. Si es cierto cuanto en su carta me manifiesta, le ruego que proceda como corresponde, y procure manifestar á mis padres su deseo, así como mi aquiescencia (tampoco se escribe con *h)*, en cuyo caso, y prévio su consentimiento, no ha de haber obstáculo á nuestra felicidad.»

Como se comprenderá, las niñas copiaban estas cartas, lanzándose unas á otras miradas y guiños encantadores, dignos de ser trasladados al lienzo por algun artista explotador de la pintura picaresca.

A veces Madame Desjarrets las obligaba á verdaderas improvisaciones, para lo cual servíale de cómplice, digámoslo así, su mismo marido, M. Paul Desjarrets, que, además de llenar concienzudamente sus deberes conyugales, era el profesor de dibujo de la *Pension du Petit Jesus*, y solia escribir la declaracion susodicha, á la cual cada una de las educandas tenia que dar cumplida respuesta. Entonces era cuestion de propinar unas calabazas, de increpar al pretendiente, echándole

en cara su condicion de marido, su osadía y lo deshonroso de sus pretensiones. Al mismo tiempo á Madama Desjarrets gustábale mucho que llamasen á M. Paul *calavera*, acaso por la sencillísima razon de que el pobre hombre jamás tuvo semejante manera de ser en ninguno de los actos de su vida.

Las alcobas de las alumnas internas eran una monada. Habia que aprovechar el terreno, porque las dimensiones del solar para la construccion urbana lo exigieron así, desde el primer momento, y en vista de ello, *Madame Marie Desjarrets, née Dupuits*, dispuso precisamente lo contrario de lo que hubiera sido oportuno, es á saber: que se instalaran dos camas en cada alcoba, y que durmiesen en estos dos lechos *una mayor y una menor* respectivamente. Habia, además, una gran sala que servia de dormitorio comun para las que no resultaban aparejadas de esta suerte.

El gimnasio era higiénico, la equitacion estaba á cargo, no de un picador, sino de una amazona. No intervenian en la enseñanza más profesores del sexo masculino que M. Paul Desjarrets y los profesores de las clases de equitacion, piano, dibujo y baile. Todo, bajo el punto de vista de la moral, estaba perfectamente garantido. Ultima advertencia, el susodicho profesor de baile, frisa-

ba ya, á pesar de su agilidad de piernas, en los cincuenta años. Las *mayores*, entre las educandas, tenian á lo sumo quince abriles.

Esta era, pues, á grandes rasgos la *Pension du Petit Jesus*, á cargo de Madame Marie Desjarrets, á quien en breve conoceremos física y moralmente, y este era el colegio donde ingresó como pensionista una niña española, hija única y legítima de los Sres. D. Juan Lopez y García, gobernador civil que fué de varias provincias, y de Doña María Rodriguez de Lopez, mujer muy metida en los tratos y usanzas del gran mundo.

Rita, al ingresar en el colegio, era ya *talludita*, segun la locucion de su señor padre, el ex-gobernador, á quien Madame Desjarrets, enterada de su posicion social y política, puso de *monsieur le prefet* de tal manera durante toda la entrevista, que no habia por donde cogerlo. Rita Lopez y Rodriguez tenia diez años cumplidos cuando este suceso, lo cual quiere decir que no habia pasado en balde el período de tiempo que media desde las últimas hazañas relatadas en mi libro *La Señora de Lopez* hasta las que en este empiezan su proceso.

No pasó en balde, no. El Sr. D. Juan Lopez y García vió realizarse prontamente y como por arte de mágia, el primero de sus sueñecillos de

ambicion. El arte de mágia se llamaba en esta ocasion *Mariquita*, y empleamos el diminutivo porque la señora de Lopez no era ya conocida de otra suerte.... entre los que la conocian muy bien y se prestaban á servirla en todo lo que pudieran. ¡Oh! ¡y qué tipica habia llegado á ser con su diminutivo inclusive la mujer del Gobernador, ora estuviese aquél en activo servicio, ora en período de oposicion, y por ende en el de cesantía! Algo de esto habrá sospechado el que leyere, al tener la primera noticia que le damos de sus antiguos conocidos, noticia verdaderamente estupenda, porque necesita explicacion el cambio de fortuna que supone ver al matrimonio, no reparar en los cuantiosos gastos que habia de acarrearles su propósito de hacer de Rita una señorita educada en el extranjero, en la *Pension du Petit Jesus*, el mejor ó uno de los mejores colegios de Francia.

La que cometió con Morán su primera falta, la que sostuvo aquella lucha, que unas veces fué sublime y otras ridícula, y cayó, resistiéndose en el olvido de sus deberes, habia llegado gradualmente á lo que pudiéramos llamar *la costumbre del delito*, hasta ese extremo á que llegan las mujeres cuando sustituyen la palabra *adulterio* con la de *infidelidad*, y añaden y dicen á sus amantes

el levantarse despues de la caida. «Esto que he hecho contigo ha sido *una ligereza*,» dada la definicion, reponen en sus mejillas los polvos de arroz y se van. Queda por averiguar el fondo de amargura que se esconde bajo la palabra atenuante, así como la palidez que se oculta bajo la velutina.

Esta señora de Lopez, de quien la maledicencia iba diciendo que hacia la política de alcoba, y que sobre su falda firmaron los ministros más de una vez credenciales de importancia, esta señora de Lopez, que de la noche á la mañana, fijarse bien, *de la noche á la mañana*, ascendió á su marido nada ménos que á Gobernador civil de una provincia de primera clase, lo afilió y alistó en el partido conservador, hízole además de esto, jefe superior de Administracion, caballero de la gran cruz de Isabel la Católica, y á este tenor realizó milagros innumerables; esta adúltera era, despues de todo, mejor, mucho mejor que los complacientes y lujuriosos consejeros de la corona, instrumentos conscientes de tales hazañas; mejor que *el bueno y el infeliz del Sr. de Lopez*, á quien todos compadecian, por estar casado con *una loca*, y mejor que Morán, su primer amante, que seguia siéndolo aun y lograba ganancias de otro género en el comercio de credenciales.

Era mejor que todos ellos con su vicio, con su *costumbre del delito*, con su afán de vivir en el lujo, de no carecer de nada, tener una berlina y un landau para que la pasearan todas las tardes por el Retiro ó la Castellana, cocinero de diez duros, para dar comidas en su casa, y esta última precisamente amueblada bajo la direccion de Prevot.

La más afamada modista de Madrid, Madama Isolina, vestia su cuerpo, Madama Isolina, la que ha vestido y viste tambien el de nuestras reinas, cuando nuestras reinas no encargan sus trajes al extranjero; repito, que era mejor que todos ellos y era la que se llevaba las culpas, porque nuestra hermosísima morena pagaba con su cuerpo, con esta misma hermosura, y era generosa y hacia más de lo que podia, y sin amar se entregaba, y ella ¡bah!... los polvos de arroz son un gran invento, ocultan la vergüenza y el bochorno, pero tienen que perfeccionarse, porque cuando se llevan polvos y se llora, porque no siempre se pueden contener las lágrimas, ¡caramba! se forman surcos en las megillas y se llena la cara de *churretes*. «Esto que he hecho contigo ha sido una ligereza.» Se siente deseo de contestar. «¿Una ligereza... y lloras? Una de dos, ó me quieres mucho, ó mucho me aborreces.» ¡Pobre Mariquita! Cuando iba por la calle, las po-

cas veces que iba á pie, la daban ganas de saludar á las prostitutas, diciendo: «Adios, compañeras.» Prevot amueblaba su casa, la vestia Madama Isolina, daba diez duros á su cocinero, tenia dos coches, era la mujer de un gobernador, caballero gran cruz de Isabel la Católica. Calcúlese el asombro de las infelices registradas en la seccion de higiene, al verse saludadas de este modo por... por una señora! Una señora que convidaba á comer á los ministros, á los jefes de los partidos, que pagaba treinta mil reales de alquiler de casa, y que podia gastar eso y mucho mas, porque hacia, hacia la política de alcoba. Eso es lo que hacia.

A la señora de Lopez la trataban todos los curas que querian ser canónigos, todos los plebeyos enriquecidos que deseaban una encomienda, todos los que solicitaban un buen destino en Cuba, Puerto Rico ó Filipinas, un destino del que se pudiera sacar algo, y por ende la visitaban respectivamente los ministros y subsecretarios de Gracia y Justicia, Estado y Ultramar, y algunos directores generales. Marqueta no acompañaba al esposo á la provincia de su mando, continuaba viviendo en Madrid, campo de sus operaciones. Utilizaba á Moran para cuantos negocios se presentaban, y tenian estos dos fines. Primero, la

de sitiar á los pretendientes, cumplir su deseo, y cobrar la suma á que cada pretension ascendia. Segunda, emplear de dichas sumas, la cantidad necesaria en ciertas jugadas de Bolsa, porque se nos habia olvidado añadir que el más íntimo amigo de Morán, era el ministro de Hacienda, y la Bolsa el sitio más visitado por Morán, donde todos le tenian por un zurupeto.

De manera, que por estos caminos de acaparamiento y fortuna, cuando Rita creciendo llegó á cumplir diez años, y supo nada más que leer, escribir, contar y algo de costura, concibió la señora de Lopez el propósito de completar y perfeccionar la educacion de su hija en París, á imitacion de lo que acababa de hacer su amiga la condesa de San Mariano con la heredera de dicho título. La misma condesa la facilitó cuantas noticias necesitaba acerca de la *Pension du Petit Jesus*, y fué cosa digna de oirse la conferencia de aquellas dos madres á la última moda.

—Nada, nada, amiga mia,—exclamaba la aristócrata,—esta educacion, este sistema de educacion es el mejor. Allí aprenderás, como mi hija, cuanto es hoy dia necesario para las mujeres, es decir, para la mujer elegante y de buena sociedad. No sienta Vd. separarse de ella. Separacion conveniente. Entrará en la pension alto-

mo, el mismo piso segundo, es decir, la vivienda del matrimonio Desjarrets. Un matrimonio á la francesa, en el que, no sólo habia separacion de camas, sino que tambien de cuarto, y gran separacion, el marido dormia y vivia en el extremo opuesto al que servia para vivir y dormir á la señora. Una doncella iba al despacho de M. Paul y un ayuda de cámara al tocador de Madama cuando los esposos querian tratar de algo, relativo ó no á la vida conyugal, para preguntar de parte de sus respectivos amos: «si el señor ó la señora estaban visibles.» Se trataban como dioses, envueltos cada cual en su nube. Habian hecho para el amor una porcion de fórmulas de etiqueta. Para besarse se pedian permiso y aprovechaban la cortesía natural del idioma francés para no tutearse, no diciendo ni siquiera en los momentos de mayores intimidades: «¡Te amo!» «Me amas,» sino «Le amo á Vd.» «Vd. me ama.» Se trataban tan de potencia á potencia, que sus relaciones de amor por lo diplomáticas, parecíanse á las relaciones internacionales. Todo lo cual no impidió, segun el dicho malicioso tal vez de la servidumbre femenina, curiosa hasta el punto de escuchar detrás de las puertas y mirar por el ojo de la llave, no impidió, repito, que el matrimonio Desjarrets-Dupuits fuese tan de carne y hueso

como otro cualquiera, y que como séres humanos y carnales, hiciesen con todo cumplido muchas cosas que debian ser poco sensatas, puesto que se les oia decir de vez en cuando: «¡Oh! M. Desjarrets, *vous êtes fou!*» «*¡Ah! finissez, vous me rendez folle.*» Y frases por el estilo, en que mútuamente se acusaban de demencia. Repito lo que contaba la servidumbre maliciosa.

El piso segundo revelaba la manera de ser de los que lo habitaban, no sólo en la distribucion de cuartos, sino hasta en los muebles. Madame Desjarrets, *née* Dupuits, era y pareció á la desordenada Señora de Lopez, demasiado aficionada á todo lo moderno. En cambio, M. Paul, tenia el gueto severo que le inclinaba á las antigüedades. Madame Desjarrets gustaba de los tonos claros, los colores vivos, y M. Paul tapizaba sus sillas con telas oscuras, y aun preferia los cueros, el roble á la caoba en las maderas, y el palosanto al roble. Delante de cualquier objeto negro, el marido de *Madame* quedábase extasiado, y se sentia atraido como los toros por el trapo rojo. No precisamente deseaba embestir, pero sí comprarlo. La mujer se enamoraba del azul sobre todo, del rosa pálido, del tórtola, del gris, y casi todas sus sillas no eran de un solo color, sino que tenian franjas de otro de sus predilectos, y en la

ra que tiene diez años, y volverá á su lado de usted hecha una señorita completa á los diez y seis ó diez y ocho de edad, sabiendo tales primores que la dejarán maravillada, amiga mía.

Enseguida la condesa explicó en qué consistian estos primores. En la *Pension du Petit Jesus* se educaba todo, hasta el paladar, porque allí estaba la enseñanza de este último, por medio de la *gran cocina*. Se aprendia todo hasta la virtud, que estaba á cargo de una profesora y se explicaba en clase manifestando gran riqueza de conocimientos en esta materia.

Además, habia la ventaja de que la *Pension du Petit Jesus* era horriblemente cara, y por tanto, la garantía, la seguridad de que todas las educandas serian hijas de personas muy decentes, al decir de la condesa de San Marciano.

Fue bastante lo expuesto para que la burguesa se decidiera, y sobrado el que la condesa de San Marciano la propusiese hacer el viaje juntas, puesto que tenia en las dos el mismo objeto, y el de suplicar á Madama María Desjarrets que las dos niñas se separasen lo menos posible.

Verá Vd., verá Vd., esas amistades de la infancia son las mejores de la vida. Nuestras hijas, cuando sean ya mujeres, han de quererse como dos hermanas. Más que nosotras.

¡Oh! ¡ya lo creo! Como que la condesa y Mariquita se aborrecian y se besaban entrañablemente.

El viaje á París fué cosa resuelta. La de San Marciano viajó sin su marido, y la de Lopez con el suyo.

Se convino en que la primera salida del hotel habia de tener por objeto la visita á la *Pension* y la entrada en ella de las nuevas educandas. Luego, como la gobernadora no habia estado nunca en la capital francesa, su buena é íntima amiga la serviria con mucho gusto de *cicerone*.

Y así fué. Las dos madres quedaron encantadas y seducidas por la buena impresion que hubo de causarles tanto el colegio como *Madame*. Las mujeres, y con especialidad las españolas, y entre éstas las madrileñas, se fijan en todo; y queda, por tanto, sobreentendido que para la condesa y Mariquita no pasó desapercibido un sólo detalle. Luego Madama Desjarrets llevó su complacencia hasta el punto de enseñar cuanto *era digno de verse*. A cada explicacion referente á su colegio, repetia siempre: *Il faut voir, il faut voir*, y las hizo entrar en todas las habitaciones una por una. Vieron las clases, los dormitorios, las cocinas, la cuadra y la cochera, el picadero, el gimnasio, los cuartos de baño, el jardin, y por últi-

mo, el mismo piso segundo, es decir, la vivienda del matrimonio Desjarrets. Un matrimonio á la francesa, en el que, no sólo habia separacion de camas, sino que tambien de cuarto, y gran separacion, el marido dormia y vivia en el extremo opuesto al que servia para vivir y dormir á la señora. Una doncella iba al despacho de M. Paul y un ayuda de cámara al tocador de Madama cuando los esposos querian tratar de algo, relativo ó no á la vida conyugal, para preguntar de parte de sus respectivos amos: «si el señor ó la señora estaban visibles.» Se trataban como dioses, envueltos cada cual en su nube. Habian hecho para el amor una porcion de fórmulas de etiqueta. Para besarse se pedian permiso y aprovechaban la cortesía natural del idioma francés para no tutearse, no diciendo ni siquiera en los momentos de mayores intimidades: «¡Te amo!» «Me amas,» sino «Le amo á Vd.» «Vd. me ama.» Se trataban tan de potencia á potencia, que sus relaciones de amor por lo diplomáticas, parecíanse á las relaciones internacionales. Todo lo cual no impidió, segun el dicho malicioso tal vez de la servidumbre femenina, curiosa hasta el punto de escuchar detrás de las puertas y mirar por el ojo de la llave, no impidió, repito, que el matrimonio Desjarrets-Dupuits fuese tan de carne y hueso

como otro cualquiera, y que como séres humanos y carnales, hiciesen con todo cumplido muchas cosas que debian ser poco sensatas, puesto que se les oia decir de vez en cuando: «¡Oh! M. Desjarrets, *vous êtes fou!*» «*¡Ah! finissez, vous me rendez folle.*» Y frases por el estilo, en que mútuamente se acusaban de demencia. Repito lo que contaba la servidumbre maliciosa.

El piso segundo revelaba la manera de ser de los que lo habitaban, no sólo en la distribucion de cuartos, sino hasta en los muebles. Madame Desjarrets, *née* Dupuits, era y pareció á la desordenada Señora de Lopez, demasiado aficionada á todo lo moderno. En cambio, M. Paul, tenia el gusto severo que le inclinaba á las antigüedades. Madame Desjarrets gustaba de los tonos claros, los colores vivos, y M. Paul tapizaba sus sillas con telas oscuras, y aun preferia los cueros, el roble á la caoba en las maderas, y el palosanto al roble. Delante de cualquier objeto negro, el marido de *Madame* quedábase extasiado, y se sentia atraido como los toros por el trapo rojo. No precisamente deseaba embestir, pero sí comprarlo. La mujer se enamoraba del azul sobre todo, del rosa pálido, del tórtola, del gris, y casi todas sus sillas no eran de un solo color, sino que tenian franjas de otro de sus predilectos, y en la

franja grecas ó flores ó ringo-rangos. Su *boudoir* de cretona rameada la encantaba. El colgaba grabados en las paredes, ella tenia la locura del cromo y de la oleografía, del marco dorado, y sobre todo de los chineros y *étageres* que llenaba de bibelotes. Las habitaciones de Madama eran vistosas, las del marido, en fuerza de severas, casi imponentes.

Y ella, ella tambien era lo que se llama *una mujer vistosa*. No aparecia en los escaparates modelo de bata con lazos, ó *matinée* llena de adornos, que no comprase, y en punto á trajes para salir, deploraba mucho que las directoras de colegios no pudieran vestirse las exajeradas modas que imponian las *cocottes* y *cocodettes*, y ganar con ellos los láuros del *demi-monde*. Rubio el pelo y por naturaleza, que no por artificio, del color de la harina tostada, blanca, tan blanca y fina de cútis que hasta confirmaba la suposicion que atribuye esta cualidad inherente á las que tienen pecas, teniéndolas ella con profusion; sonrosadas vivamente las megillas, y combinada y como repartida la expresion más picaresca y maliciosa que imaginarse pueda, entre el guiño de sus ojuelos azules, que para mirar entornaba por miopía, y lo respingado de su nariz, de fosas muy inquietas, que se entreabrian para respirar al par

que cuando hablaba, sin duda por lo corto del lábio superior, la punta de la susodicha nariz movíase graciosamente. Luego además de las pecas un lunar en la megilla derecha, cerca ya del párpado, y además del lunar hoyuelos compañeros inseparables de su risa. Resultaban más que las facciones, los gestos de la belleza. La gracia, en una palabra, pero no la gracia española, sino la parisien. Era mórbida toda su carne, mórbida y muy sensible al menor tacto; Madame Desjarrets, que, con sus ojos azules, tenia el mirar intencionado de las morenas, era una rubia especial, nerviosa y zalamera como una andaluza. El tipo perfecto de la mujer de los boulevares. No se concebia aquella cabeza sin un sombrero, ni aquel cuerpo sin el corsé y polison, ni aquellas manos sin abanico, ni la vida, la animacion de toda la figura podia recordar nada más á propósito que la copa de espumoso champagne llena hasta el borde..... y figúrese el lector ahora de pronto, que este chispeante sér, todo gracia y voluptuosidad, frívolo y ligero, se llamaba Madama Desjarrets y llenaba las funciones de directora en un colegio católico, y más que católico aristocrático, que era en fin su voluntad la que dominaba en la *Pension du Petit Jesus*. Basta lo dicho para saber ya la educacion que allí se recibia, hasta

para convencerse de que cosa ó persona que entrase ó cayese bajo el poder de aquella individua habia de salir trasformada á prodigio, convirtiéndose de piedra preciosa en brillante de bisutería, de oro en doublé, de bueno en hipócrita, de verdadero en falso.

La condesa de San Marciano y la Señora de Lopez salieron de la pension un tantico mareadas y seducidas, á pesar de todo su mundo, y es que al mejor bebedor se le sube lo que bebe por primera vez, á la cabeza, y á buen seguro que si las hubieran preguntado por qué formaban la resolucion de que ingresaran sus hijas en el *Petit Jesus* no sabrian contestar á punto fijo.

Ello es que al dia siguiente la resolucion fué un hecho, y al mes de su estancia en París, las dos madres españolas regresaban solas á la villa y córte.

II.

De manera que Rita quedó instalada como pensionista en el colegio de Madama Desjarrets, y tuvo por compañera y amiga desde el primer dia á la futura heredera del condado de San Marciano.

Sirvióle tambien de intérprete, porque Consuelo (que así se llamaba) antes de su entrada en la pension, habia tenido en Madrid aya francesa, y chapurreaba por tanto el idioma de Molière, destrozándolo por iguales partes con el de Cervantes.

Consuelo llevaba á Rita dos años, lo cual equivale á que estaba la hija de la condesa en los de la pubertad. Eran las dos muchachas tipos distintos, lindos ambos, pero con opuesta belleza, y aplazamos describirlos en ocasion oportuna, que no lo es esta de la niñez para que tengan derecho á la importancia del retrato, pues ha de tenerse

en cuenta que lo flacucho y desmadejado de sus formas, lo inexpresivo del semblante y cuantos defectos puedan reunirse, forzosamente habian de hacerlo indeciso y de poco valor, obligándonos más adelante á retocarlo y quizás á emprender nuevamente la tarea. Siquiera Rita, nuestro personaje de más estudio, merece retratarlo bien, pero una vez sola. En cuanto á su amiga Consuelo, es distinto. Sus doce años, en primer lugar, ponen en su abono mayores y eficaces razones de desarrollo. Y con esto queda dicho que todo en ella eran comienzos tiernos de la forma definitiva. Se le redondeaban y turgian los pechos, ensanchaba de caderas, y en aquellos dias al mirar su cuerpo, le procuraba, con nuevas modificaciones, nuevos asombros. Y no sólo viendo su desnudez, que iba siendo más opulenta, se maravillaba como el niño al encontrar musgo crecido en la tierra que vió árida hasta entonces, no sólo recreaba casi con miedo su vista en estas vigorosas entonaciones de la sensualidad que daban gradaciones desde el blanco al sonrosado, de este al moreno hasta llegar al brote del vello agrupado en un punto como una florescencia, sino que el olfato percibia cada vez más fuerte y distinta en su cuerpo la emanacion humana, como en el capullo va siendo, á medida que abre, cada vez más

penetrante el perfume de sus pétalos. Era rubia, pero no con el color de pelo que tenia Madama Desjarrets, elegantísimo si se quiere, pero demasiado claro y de efecto violento, sino con el rubio español, oscurecido hasta el punto de no ser contraste supino con el pelo negro. Casi castaño, y las pupilas azules tambien entonadas en oscuro. Resultaba una muchachita aristocrática en que formaban agradable mezcla languideces inglesas y garbos casi andaluces. Encantó con todo esto á las mayores del colegio, que solicitaron su amistad reiteradamente.

Nuestras niñas tuvieron una alcoba con dos camas pequeñas de hierro, construccion inglesa, y por cierto que la primera noche Rita, tendióse en la suya con delicia, gozando de la novedad del colchon de muelles, que para Consuelo no lo era, y se rió mucho de los gritos de júbilo en que al mecerse prorumpia su compatriota.

Durante la noche no se permitia cerrar las puertas de estas alcobas.

Levantábanse, por ser invierno, á las siete de la mañana, que era para nuestras dos perezosas como levantarse al amanecer. La vida del colegio resultaba muy agradable. Lavábanse y se vestian sin salir del dormitorio, y la primera ocupacion era encaminarse al comedor, donde se les

servia el desayuno. Café con leche, bizcochos, bollos ó pan con manteca, á elegir. Antes de tomarlo, bajo la direccion de la pasante (Madama Desjarrets no se levantaba tan temprano), cantaban las educandas una especie de invocacion á la Vírgen, de cuya letra en los primeros dias Rita no entendió una palabra; pero que al decir de Consuelo, era muy bonita:

Vierge fidele
A ma nacelle
Donnez, donnez
L'azur des flots,
Brillante etoile
Guide ma voile.
Oh! Patronesse!
Des matelots.

—

Quand gronde
Sur l'onde
L'orage en fureur,
¡Oh! Bonne
Patrone
Donne-moi ton cœur.

En esto de rezar cantando, era una especialidad el colegio de Madama Desjarrets. La letra de muchas oraciones puestas en verso era de la directora y la música del profesor de piano. ¡Oh! ¡Cuánto se murmuraba acerca de esta colaboracion, por lo bajo, á la hora de la costura! ¡Pobre M. Paul!

Despues del desayuno y hasta las doce las ocupaciones eran continuadas. Dábanse las lecciones, y por cierto que no eran pocas las materias de enseñanza, y cada niña venia á tener una pequeña biblioteca. La *Gramática francesa*, de Noel y Chapsal; las fábulas de Florian; los *Ejercicios elementales*; la *Historia Sagrada*, por preguntas y respuestas, cosa curiosísima de leer, y obra de los jesuitas; la *Historia antigua*, de Beleze; la *Petite histoire Romaine*, la *Geographie*, de Meissas y Michelot; un pequeño librito de epístolas y evangelios para los domingos y principales fiestas del año, en que se extractaban aquellas de las traducciones de Fleuriet, y por último, y mejor que nada, la *Mitología puesta al alcance de la juventud*, tambien de Beleze, en cuyo librito todas las niñas tenian subrayadas una porcion de cosas; los amores de Cupido y Psiquis, y en ellos este párrafo, sobre todo. *Et chaque soir, quand nuit avait repandu ses sombres voiles sur la terre, l'epoux mysterieux entrait dans la demeure de Psyché, et chaque matin il disparaissait avant le lever de l'aurore.* Aquellas señoritas comentaban el caso de distinto modo, segun su diferencia de edades. A *las mayores* les parecia muy de su gusto el esposo invisible,

pero todas en el caso de Psiquis, hubieran sentido la misma curiosidad, hubieran encendido la lámpara para verle dormido, aun á riesgo de que cayera sobre las alas blancas del amor, la mancha de aceite. En cambio, para las menores la idea de que entrara en su cuarto por la noche un hombre, aunque fuera el dios de la venda, el arco y las flechas y se acercara á sus camitas, las asustaba. «¡Qué miedo!» Daban un grito, y subiendo el embozo se tapaban con las sábanas la cabeza. Las mas pesadas eran aquellas horas de la mañana de verdadero estudio, porque para la tarde quedaban sólo las clases de adorno. Durante el almuerzo reinaba la alegría, el ruido y la algazara en el comedor del colegio. Y es que, al terminar aquél, metiéndose á hurtadillas los postres en el bolsillo, íbanse al jardin. De doce á dos era el recreo. Cada una entónces obedecia á su carácter, y no se tenian en cuenta para nada las reglas que, para modificarlo, daba en su manual de educacion Madama Desjarrets á la *perfecta señorita ó señorita perfecta*, puesto que en estas cosas el órden de factores no altera el producto.

Era, á la verdad, espectáculo digno del pincel el que entónces hubiérase ofrecido á la contemplacion del curioso. El jardin que ocupaba el centro del edificio no tenia bastante extension y carecia de cultivo y flores, porque resultó imposible é ineficaz todo cuidado de plantas, y cuantos planes formara el jardinero en este punto, de acuerdo con la directora, echábanlos por tierra y los desbarataban las travesuras infantiles, y la inquietud, correría y movimientos de las educandas. Unicamente los árboles salvándose de la destruccion y defendiéndose de ella con su añosa corpulencia, se erguian formando alamedas y plazoletas. A la sombra de su follaje y sirviéndo sus troncos como de burladeros, á las que por otras se veian perseguidas y casi alcanzadas en la carrera; alamedas y plazoletas tenian, en las dos horas de recreo, sus grupos de niñas cuyos gritos, risas y saltos se confundian con el aleteo y piar de los pájaros que buscaban refugio en las ramas altas. No habia, pues, en el jardin, segun queda dicho, sino árboles, y á más una fuente, un cenador y dos estátuas, una de Minerva, sin los brazos, y otra de un niño montado sobre un delfin. Esta hallábase en el suelo, sin pedestal, debería ser resto de alguna ornamentacion ó servir en otro tiempo para algo; ahora en las grietas del mármol, abierto por la accion del tiempo, habia humedad y gusanos de los llamados vulgarmente lombrices de tierra. Jugaban las niñas á una porcion de diversiones, tambien al uso fran-

cés, que hasta en esto hacen y guardan fronteras las nacionalidades, al volante, á los aros de palillos, y como importacion española quizás, *el corro*, para el que se cantaban en lugar de *Mambrú* y otros repertorios clásicos ya, en el Prado madrileño, canciones por este estilo:

Le petit Jesus
allait á l'école,
en portant, sa croix
dessus ses épaules.
Quand il savait sa leçon
on lui donnait desbombons.
Une pomme douce
pour mettre à sa bouche.
Un bouquet de fleurs
pour mettre á son cœur.
Je le tiens,
Mais, si bien
Que le monde
Que le monde...
Je le tiens
Mais si bien
Que le monde n'en à rien.

Las traviesas españolas, no bastándoles con lo ridículo de esta letra, habian inventado y discurrido sin duda con el demonio para hacer un *calembourg*, lleno de mayor impiedad, y en lugar de decir en francés *Que le monde*, exclamaban á coro en perfecto castellano:

¡Que le monden!
¡Que le monden!

Ellas explicaban luego que no era Jesús á quien querian mondar, sino á la manzana, que tambien nombraba la letra *Une pomme douce*. ¡Vaya usted á saber lo cierto! De todas maneras, durante el recreo, se divertian mucho todos aquellos diablillos con faldas. Las mayores jugaban ménos y se paseaban por las alamedas en grupos de dos ó tres, prefiriendo sus cuchicheos y risas ahogadas, sus miradas de reojo y sus secretos picarescos. Habia dos sobre todo, que estaban *enamoradas* del profesor de piano, y no sabian hablar de otra persona, ni de cosas que fueren ajenas á los sostenidos, bemoles, corcheas, fusas, etc., etc. Dos niñas metidas de hoz y de coz en el pentágrama. Para que las maestras no pudieran sorprender su secreto, ni sospechasen *la pasion* al oirlas hablar del pianista con arranque y entusiasmo, habian convenido en llamarle *Mozart*, y así nunca se halló más mentado que éste, músico alguno. Le amaban, y esto, lejos de convertirlas en rivales, hízolas mirarse como cómplices, y fomentó su amistad. ¡Cosas raras de los quince años! Amigas, llegaron á serlo tanto, que solicitaron con gran empeño tener una misma alcoba, y cuando se les logró

este gusto, por las noches, á oscuras, hablaban de *Mozart* en voz baja largo rato, unas veces para elogiar sus manos, que eran más bonitas que las de una mujer, la mirada de sus ojos, su bigote rubio, el noble modelado de la frente, en que *se veian los fulgores del genio*; otras, para lamentar que *Mozart* fuese casado y que su mujer le hubiera hecho padre de tres chicos ó para presumir que no debia ser muy dichoso, que indudablemente vivia desesperado como todas las almas no comprendidas, hasta que para remate ó fin de tamañas sublimidades decidieron dos cosas. Primera, en lo relativo á las manos, esperar á que llegase el cargo del pianista, y entre las dos regalarle una sortija; segunda, *hacer de Mozart* una de ellas, con el objeto de que la otra pudiese declarar su pasion oculta de algun modo, y de algun modo tambien verse las dos correspondidas. Un cuarto al profesor, ignorando estas cosas, maravillábanle los efectos. Jamas tuvo discípulas más obedientes.—«Señorita, haga Vd. esto.»—«Oh! señor Paon, con mucho gusto.»—«Reputamos ese ejercicio.»—«Todas las veces que Vd. quiera, señor Paon.»—«Hasta mañana, Sr. Paon. Venga usted más temprano.» Eran las primeras que entraban en clase y las últimas que salian. Adelantaban tarde, que envanecíendose por ello, y atribuyéndolo á méritos de su método de enseñanza, el Sr. Paon era digno de este apellido, porque resultaba perfecta su semejanza con el pavo real. Decia á Madama Desjarrets:—«Tiene Vd. en su colegio dos génios, dos verdaderos génios músicos.» Se equivocaba. Eran dos génios amatorios. Bien es verdad que en punto á modelos de todas las formas que puede revestir el amor, habia en el establecimiento para tomar y dejar, como decirse suele. Allí estaba la niña que declaraba á son de clarin que no son hombres, ni pueden ser amados, mas que los que llevan uniforme, los militares, y este tipo abundaba como la yerba en el campo; la que preferia los artistas y los pensadores; la que más reñeta en sus gustos, queria un buen mozo, fuera lo que fuese y vistiese como le diera la gana; la que optaba por los blasones de nobleza, la que elegia la fortuna, y hasta hubo una cuya aspiracion era la de casarse con un tenor, pero de zarzuela. Y esto se explica perfectamente. Eran los que habia visto con mayor frecuencia, y además cantaban en un frances más bien pronunciado que el de los italianos de la Opera.

Todas estas cabezas juveniles, rubias ó pelinegras y los cuerpos que á las tales servian de pedestal, llenaban el jardin de la *Pension du Petit Jesus* á la hora de recreo; iban y venian, corrian y se pa-

raban en rebullir constante, saltaban unas á la comba, otras lanzábanse el volante ó el aro, y alejadas muchas del que parecia centro de vida y movimiento, paseaban por las alamedas, dándose el brazo y comunicándose al oido cosas que sabe toda la humanidad, y que para aquellos tiernos años eran las más sorprendentes novedades de la vida.

Era el colegio como un vivero en el cual la educacion entraba obligada, mientras que el crecimiento de amor era espontáneo, rápido é imposible de combatir, aunque Madama Desjarrets se hubiese propuesto arrancarlo considerando que fuese la mala yerba.

Las que no amaban séres ideales, esperando la realidad, amaban de modo más concreto y positivo dentro de la Pension, y hasta de la misma clase, y así como había dos apasionadas del profesor de piano, se contó que ni siquiera M. Paul estaba libre de esta atmósfera y emanacion sentimental que parecia como desprenderse de aquella aglomeracion de faldas. Téngase en cuenta que M. Paul reunia para las soñadoras más atractivos que otro alguno, por ser el verdadero tipo propicio para la adoracion platónica y el amor imposible. No era sólo un hombre casado como M. Paon, era además el marido de la directora.

En suma, allí se sospechaban del amor una porcion de inverosimilitudes, y no se detenia el pensamiento que iba en este punto, desde lo absurdo de creerlo eterno, hasta el ridículo de suponerlo noble, elevado, sublime, lleno de purezas para todo, y las que más carnalmente lo concebian, las de quince años, las mayores; al pensar en el lecho nupcial y en el hombre, en el desposado, sentíanse conmovidas extrañamente, subian como oleadas de sangre á sus mejillas y exclamaban: «¡Dios mio, qué vergüenza!» con lo que empezaban á acostumbrarse á esta idea y á los futuros rubores por anticipado.

De cierto, enternecia el análisis por cuyo medio se llegaba á la única conclusion, que quizás pueda considerarse absoluta y de aplicacion general, y es esta: «La mujer, bajo el punto de vista moral y afectivo, es un sér superior al hombre.» Porque habia que ver en aquel momento mismo en que la educacion social empezaba á bastardearlas, pero sin tener todavía fuerza bastante para torcer los naturales impulsos y los goces legítimos del organismo; habia que ver el brillo que tenian los ojos, la expresion que se apoderaba del semblante cuando cuchicheaban acerca de las pasiones del hombre, de la amistad, del valor, del talento, de la nobleza, de la gloria, de la for-

tuna. Se comprendia entonces que la desgracia es inevitable en el mundo, y tiene por causa la union del hombre con la mujer, la union de dos séres que, no sólo son de distinto sexo, sino que han hecho sospechar á los pensadores de estas cosas, que sean tambien de raza distinta.

Madama Desjarrets resultaba criminal suministrando á la fortaleza y robustez de tales sentimientos, en dósis pequeñas, pero diarias, el veneno de la hipocresía, y era la enseñanza, sin saberlo, el más importante factor de la malicia que sustituia poco á poco á la inocencia encantadora de la niñez y á lo picaresco de la pubertad.

Desde el primer momento Rita y Consuelo se quisieron mucho, y como en los diez años y en los doce de sus edades respectivas, sin duda por lo lejano de la muerte, todo, hasta la vida, se nos aparece como eterno, así se prometieron la amistad y el cariño que sintieron nacer una por otra. Se alababan mútuamente la hermosura de sus facciones, sin experimentar ni sospechar siquiera la envidia, y en su alcoba de dos camas tenian un solo espejo para mirarse. Un espejo, en un mueblecillo de tocador que llamaban *paje*, cuyo paje estaba todo engalanado por las dos muchachas, con cintas, adornos y flores de trapo, de las que aprendieron á *confeccionar* en la *Pension du Petit Jesus*. Tenian además, porque en esto del tocado y aseo personal Madame Desjarrets, como buena francesa, era refinada y escrupulosa, un lavabo muy bien surtido consistente en una palangana grande de loza inglesa, jarros y cubos, baño redondo, esponjas de varios tamaños, jabones de dos clases, peines y cepillos para todos los usos. Dos armarios pequeños, que eran los roperos, y cuatro sillas de madera curvada completaban el mobiliario. A la cabecera de cada lecho colgaba en la pared un cuadrito igual para todas las alcobas, una imágen del Niño Jesús al cromo. El patron del colegio, digámoslo así. En el balcon, cortinillas blancas y azules. Aderezada la sencillez elegante con la coquetería de gusto que posee desde niña toda mujer, resultaba cada uno de estos dormitorios una preciosidad por su conjunto agradable y sus detalles de limpieza.

Las dos amigas procuraban levantarse á la primer campanada de aviso; la ménos perezosa era Rita, porque la futura condesa complacíase en oir desde la cama, y poco á poco, el movimiento creciente y el ruido en los dormitorios inmediatos; en ver á su amiga ir y venir medio desnuda, mientras ella se revolvia y buscaba aún